

LOS CAMINOS, CLAVE DE LA OBRA LITERARIA DE ANTONIO PEREIRA

Para Úrsula, dimidium animae de Antonio

Estamos ante *Pilar Prim*, una novela catalana de Narcís Oller, publicada en 1905. El primer capítulo es un viaje en ferrocarril, de Barcelona a Ripoll. Comienza al subir los pasajeros al tren en la Estación del Norte¹. Está muy contento Marcial Deberga por haber encontrado un vagón solitario cuando, irrumpen en él dos señoras, una mayor que otra, y un niño, al que hablan siempre en castellano, sin que el criado y la doncella den abasto a la colocación de los equipajes, con la consiguiente molestia de aquél, *pero ...aixó no obstant, aquella tafaneria, aquella set estranya que les dones boniques desperten sempre en l'esperit de tots els homes, i mes marcadament en els deis fadrinots amics de correr-la, començá a guanyar-lo, a ell, si el palu per forca*². La mayor le dice que no es preciso se asome a la ventana para fumar, pues a ellas no les molesta el humo. Así se rompe el silencio: él va al "establecimiento de aguas" de Ribes; ellas a Puigcerdá. Son madre e hija; ésta Pilar Prim, viuda de un fabricante que le había doblado la edad, hija de un compañero de Deberga en la Escuela Naval Militar. Le invitan a visitarlas.

Un viaje en tren que sentimos puede cambiar el viaje de la vida, sensación que deja al lector si éste interrumpe su contacto con el relato cuando *els formosos cavalls* [que se llevaban a ellas y al niño] *arrencaren briosament* y Deberga las pierde de vista. ¿Podemos dudar de encontrarnos ante un tópico en el sentido literal del vocablo, un lugar común en el mejor sentido de la historia y la teoría literarias?

La estafeta romántica es uno de los *Episodios nacionales* de Galdós, de su tercera serie. Tiene cuarenta capítulos y cada uno de ellos es una carta, nada más, escritas entre el 20 de febrero y octubre de 1837, desde La Guardia, Cintruénigo, Herrera de los Navarros, Elorrio, Villarcayo, Miranda de Ebro, Carabanchel e, inevitablemente, Madrid. Es el año del suicidio de Larra y de la llamada expedición real, o sea carlista, a la capital. Pero esta entrega de los *Episodios* está muy polarizada hacia la vida privada del protagonista, Fernando Calpena, muy poco nacional pues, al menos inmediatamente. Y conste que no es la única vez de la saga en que don Benito recurre a la forma epistolar.

¹ Véase, de Pereira, *Nostalgia de la estación*, en *Crónicas de Villafranca* (León, 1997=CV), 193-5.

² Ed. en "Obras completas" (Barcelona, 1948) 562.

Pero, si decíamos que un viaje puede cambiar una vida, una carta es de los mejores medios para enterarnos del cambio. Todo un género literario por eso. Mas, no lo perdamos de vista, mediante el correspondiente viaje postal también, además vehículo del correspondiente viaje mediato tanto del remitente cual del destinatario.

La obra en la vida

Antonio Pereira nació en Villafranca del Bierzo³ el 13 junio de 1923, o sea el día del santo de su nombre, Antonio de Lisboa, que no de Padua. El evento tuvo lugar pared por medio del convento de las concepcionistas⁴ donde luego, cuando era párvulo⁵ -y naturalmente acólito⁶-, haría su primera comunión, antes de pasar a la academia de don Manuel Santín, un cura polifacético, articulista editado y novelista inédito, buen concedor de Enrique Gil y Carrasco⁷.

Definido luego como "cuentista erótico⁸ y diocesano⁹", el título que más le gusta es el de cronista "oficial" de su pueblo¹⁰. La mayor parte de su viaje de

³ *Soy de una tierra fría, pero hermosa. / Aquí la nieve, la esperanza helada / de que se alumbrada cada madrugada! el destino difícil de la rosa; de El regreso*, 29; magistral su crónica *Padrón del vecindario. El suceso del sábado en la colegiata*, CV, 67-72.

⁴ *Las monjas campaneras que no duermen / jamás, lo juraría, / volteaban / en nuestra villa pródiga de torres; de El regreso*, 56; cfr., *De unas monjas de Villafranca a las que albergaron con mucho amor en Ponferrada*, CV, 157-9. A propósito de las campanas: En *Picassos en el desván* (Narrativa Mondadori, Madrid; 1991 =PV), *Milagros y fotocopias* (pp.93-8), cuento desarrollado en el turbio pontificado del obispo Mérida, "a veces se echan encima las campanas de la catedral o de los conventos, y hay que callar un momento". Allí mismo (144-8), *Historia de monjas*, tiene por argumento la comunicación continua entre dos de sendos conventos vecinos, que nunca se han visto, por las cuerdas de las campanas sencillamente.

⁵ *Me dicen que a dos pasos de la reja / sor Jesusa descansa para siempre. / Dentro de la clausura ningún sitio hay más cerca del pueblo; del Cancionero de Sagres*, 150. Véanse *Cuentos de dos hemisferios* (sobre los de la exiliada Carmen García Arias), la evocación litúrgica *Noticias de la semana santa*, con la nostalgia de la magnificencia de otros tiempos después de la revolución conciliar; y *Más notas sobre la misma villafranquina*, CV, 89, 51 Y 56; *podía ser noviembre y haber estado cayendo el campaneando lento de la novena de las Animas en la colegiata*.

⁶ "En la mano derecha, este monaguillo que ahora escribe llevaba la bandeja de plata, en la izquierda la palmatoria con una vela encendida. Era temprano, demasiado temprano para un niño soñoliento"; CV, 178. Las "Casas del Sacramento", en Lugo, tienen "un nombre como de campanas a la hora primera"; CV, 25.

⁷ "El espíritu romántico de Villafranca, que es donde el poeta empezó a leer y escribir y a sentir, alienta en las páginas caballerescas de *El Señor de Bembibre* o en el perfume modesto de *La Violeta*"; CV, 184; cfr. su artículo, *Astorga, una ciudad literaria*, en "La Luz de Astorga. Periódico guía para visitantes", 19- 6-1997; y L. ALONSO LUENGO, *Astorga es mágica*, "La Crónica 16" (León), 19-1-1997.

⁸ Significativa su alusión al "morbo eclesial de *Sonata de primavera*"; CV, 149. y la dedicatoria del poema de Norberto Berberide: "Esta Plaza tan nuestra, esta plaza tan tuya, por tus manos ungidas y sacramentadoras es la plaza del mundo y tiene de arrabales a las plazas de Roma", plenamente encontrando pues en la universalidad de lo local, de la cual la inmersión ecuménica de lo diocesano, en este caso sería accidental: "Pero don Teófilo [Hernando] sabía que París no es más importante que Torreadrada, y que los grandes misterios del hombre transcurren por una aldea segoviana lo mismo que en las orillas del Sena"; RC, 70.

⁹ CÉSAR ALLER, *Antonio Pereira, un cuentista erótico-diocesano*, en "El Faro Astorgano", 28-2-1997; antes J-A.CARRO CELADA, *Cuentos eróticos diocesanos*, ibid., 16-4-1983; L.ALONSO LUENGO, *El síndrome diocesano de Antonio Pereira*, ibid., 10-3-1986 (notemos las alusiones catedralicias en los poemas, *Lo digo por Antonio de Lama y Ahora tengo una casa junto al mar* (en *Contar y seguir*, 186 y

novios transcurrió en un hotel cercano, el Jorge Manrique de Palencia, cuya "intimidad y provincianismo" sedujeron a la pareja. Tengámoslo también en cuenta: la provincia, los hoteles¹¹. Y siempre esta confesión por delante: "Yo no sé si soy demasiado afín, por razones generacionales y geográficas, a una estética de lo entrañable, que nunca consideré menor¹²".

De 1940 a 1949 fue viajante, sobre todo por su mismo noroeste¹³, estableciendo luego en León¹⁴ un comercio de electrodomésticos al por mayor, que atendió personalmente hasta 1985. Un oficio del que siempre estuvo contento: "Primero: el comercio ha sido una gran fuente de experiencias. Segundo: un hombre que vuelve a su casa después de trabajar en el negocio, yo

228-9). Del mismo Pereira, véase *De Astorga y el amor*, en *Reseñas y confidencias* ("Breviarios de la calle del Pez", 10; Casa de León, Madrid, 1985=RC) 37-9. Y más citas: *Junto a la catedral de Braga vi un canónigo y me dio un vuelco el corazón A este sí se lo podría decir*; del *Cancionero de Sagres*, 157. Lo gallego y lo portugués son una prolongación geográfica del teatro nativo de su materia argumental:

Van o vienen, los portugueses, / un sombrero, otro sombrero / Allá del Tajo Tras los Montes, / por el Algarve y en el Duero, ibid., 146. Véase *Calle del Agua, calle de los peregrinos*, por la de su nacimiento, donde a una acera confluyen las otras calles del lado leonés, y a la de enfrente las otras calles del lado gallego; CV, 33-4. "Sonata de Otoño" es una historia del Noroeste. Creo que con la lectura de sus páginas tomé conciencia de un territorio al que pertenezco y dentro del cual iba a sentirme siempre. No coincide con el geográfico de límites físicos ni con el político y administrativo de las autonomías. Es un territorio del alma que comprende la Galicia de Valle-Inclán- por supuesto- y de Elena Quiroga y de Cunqueiro (por no remontarnos a Prisciliano ya la monja Egeria...), pero también el Bierzo, los cuentos de Clarín, Ricardo Gullón y los de Astorga; la Sanabria de San Manuel Bueno, mártir; la catedral de León. A poniente y al norte de la península, el joven lector pisaba como propio el mundo de Bradomín y de sus amantes pálidas; CV, 149-50. En *Villafranca*, leyendo "Sonata de Otoño". En *Las ciudades de Poniente* (Anaya-Mario Muchnik, Madrid, 1995=CP), y el título ya lo dice todo, *El asturiano de Delfina* (pp.61-70), cuenta un viaje de León a Grajal de Campos, en medio de la nieve (*ibamos en los asientos de atrás, y el coche se llenó enseguida de un olor a cura que fuma; no a hombre que fuma*): -Somos gente del noroeste. El noroeste es un país grande. Es la Galicia de los líricos antiguos y de los fabuladores de hoy, pero también la Asturias de La Regenta y la Sanabria de San Manuel Bueno, y, por supuesto, el Bierzo y los de Astorga, digamos que hasta el Torío para que quede dentro la catedral de León... ¿Y la Tierra de Campos?- se me ocurrió porque justamente Delfina procedía de allí. Se quedó pensando. -Está bien, pongamos que el noroeste llega hasta el castillo de Grajal. Pero de ahí no paso ni una legua.

¹⁰ En "esta especie de misa mayor de la poesía para la que han sonado campanas en carteles y pregones", la sentía ante todo como "un día villafranquino que está hecho ante todo de quienes pueblan el cementerio y de la sangre ardiente de las mozas [...]; aquí, en la Herradura, yo convoco a los poetas y los comerciantes, los abades mitrados y las peluqueras de Solriza"; CV, 219, XXV *Fiesta de la Poesía en Villa franca del Bierzo*.

¹¹Véase "El Pensamiento astorgano", diciembre de 1997, sobre el Hotel Moderno. Cuentos de hostelería son *Aventura de un fabricante de madreñas* (el enigmático estable de la Fonda Flora, otrora huésped de estancia prolongada involuntariamente en un hotel germánico a lo largo de la guerra, en un pleno aislamiento lingüístico) y en *El hombre de acción* leemos, estando en Aviñón: *En nuestra familia siempre se ha dicho que alojarse en un hotel de prestigio es como la etiqueta para las botellas, con medallas en Zaragoza, en la Exposición Universal de Barcelona* (pp.117-21 y 169-71). Y el cine: "Éste- ahora creo saberlo- me enseñó el oficio de cuentista, la maña para inventar mentiras que aclaran y embellecen eso tan pobre que llamamos realidad"; *El tren o la pastora que supo amar*, CV 170.

¹²RC, 136.

¹³*Alabo el tren pequeño: / dos vagones / de tablas barnizadas con cristales / que cuadran los viñedos, con un timbre / de alarma que quizá no suene nunca; de El regreso*, 57.

¹⁴Un "tempo" espacioso medido por campanas plurales- góticas, románicas, platerescas-, el paseo ritual, calle arriba y abajo en las noches frescas- ¡y tanto!, un casino, viejos cafés.

creo que encuentra unas cuartillas más virginales y más incitantes¹⁵ que, por ejemplo, si es un profesor de literatura que viene cansado de explicar Góngora a los niños¹⁶".

En 1957 empezó a viajar, por Europa, América y aún más allá, Nepal por ejemplo, teatro de su cuento *Los brazos de la i griega*; se vinculó mucho a Madrid a partir de 1964; y ha sido pródigo en lecturas de su obra y charlas acerca de su creación, generoso de esa su voz "grata y sonora, próxima a lo abacial¹⁷", cual él mismo la define en un cuento¹⁸. Muchos motivos, pues, para llamarle "poeta del arraigo caminante¹⁹", tanto por su vida como por su indisoluble obra.

¿Lo premonitorio? ¿O preferimos otro enfoque? Lo cierto fue que al examinarse de tercero y reválida en el Instituto Padre Isla de León, el ejercicio de redacción tenía por tema *La catedral de León*, que él acababa de ver por vez primera, pero supo enlazarlo con el viaje desde Villafranca, comenzando con la oración *La intrépida locomotora silbó*, para dar paso a "consideraciones románticas²⁰ y ferroviarias²¹".

En 1947 ganó su primer premio literario²², uno del Ayuntamiento de León, por un *Bosquejo geográfico e histórico sobre el partido judicial de Villafranca del Bierzo*²³. Al año siguiente, en la revista *Alba*, de La Coruña-Vigo, salieron sus *Sonetos del Bierzo*. El 23 de diciembre de 1957, *El Diario de León*

¹⁵El placer de crear se canta en el poema *Los regalos* (p.53 de *Contar y seguir*). No podemos tratar de la metaliteratura en Pereira, pero sí citaremos los cuentos que se la adscriben plenamente *El narrador inocente* (67-9 de *Picassos en el desván*), viaje de abuelo, nieto y burro, de Fonsagrada a Villafranca en nochebuena; y de *Las ciudades de Poniente* tres, a saber *Cuento en la Escuela de Letras*, *Coleccionistas de historias* (el notario que busca siempre una de ficción para las realidades de su vida) y *El revisor parado* (el obseso por encontrar en el Espasa la historicidad de las que le cuentan fantásticas).

¹⁶Texto tomado de la tesis de CARMEN BUSMA YOR, *Países poéticos de Antonio Pereira* (Universidad de León, 1986=PP AP) 27.

¹⁷Cfr., la evocación de "una cabeza calva y benedictina"; *Mi amigo Ramón Carnicer*, CV 137; y la del "regalo sonoro y abacial de la voz" del escritor gallego Ramón González-Alegre Bálgora; RC, 22-4. En *El pozo encerrado*, que luego citaremos: *...la finquita limita por poniente con el cementerio, y sólo a dos pasos se alza el ábside carcomido de San Benito de Nurcia* (sic), *con la fama de los cien esqueletos de la francesada y los ruidos y esas cosas que se sienten algunas noches del año*.

¹⁸*De conferencias, pregones y similares*, RC, 34-6.

¹⁹L. JIMÉNEZ MARTOS, en "La Crónica de León", 15-1-1989; cfr., *Calle arriba y abajo, / losas para marchar / despacio, porque todo en Guayabamba / es lento, lento, lento como la eternidad; de El regreso*, 34.

²⁰Ribadeo, la villa bien hermanada con Villafranca por viejos sueños románticos de un ferrocarril"; CV, 184.

²¹PPAP, 34, nota 19.

²²Sobre el primer artículo que envió a "El Diario de León", *Principio quieren las cosas...*, RC, 19-21: la actividad que más me ha consolado en la vida, arranca de aquella carta fundamental, y el resto de mis oficios y vicisitudes, ya no iban a ser otra cosa que posdatas"; cfr., *Luego van a Coimbra y una imprenta / compone su saudade personal*, del *Cancionero de Sagres*, 158. En *El fuero y el huevo* (pp.141-7 de *Una ventana a la carretera*) leemos el elogio de los tipógrafos de Astorga: *¡Qué artistas!; eran muchas páginas (casi todas de anuncios), y, sin embargo, jamás se repetían las orlas y viñetas*.

²³Luego se publicó, en folletón, en "El Diario de León"; un fragmento, *El Cristo de la Esperanza y la iglesia y convento de San Nicolás el Real*, en el *Programa de fiestas del Cristo* (Villafranca, 1948).

publicó *Cuento de nochebuena*, el primero suyo que veía la luz. Su primer libro es *El regreso*²⁴, editado por Adonais en 1964, pasados ya pues sus cuarenta años.

Se trata de un poemario " que tiene dos partes, una de motivos lejanos, y otra de su tierra añorada a la que vuelve". De esta dicotomía escribió Miguel Dele haber "querido yuxtaponer- nunca contraponer- dos mundos distintos: lo foráneo y lo nativo; pero la división no trasciende la condición de una raya aparente²⁷". De su libro siguiente (1966), baste el título, *Del monte y los caminos*. Del tercero, *Cancionero de Sagres* (1969), el "carácter viajero" es inequívoco²⁸. Y en 1994 publicó *Poemas de ciudades*²⁹, éstas ora reales ora fingidas.

Pereira es cuentista³⁰, novelista y poeta, pero en su poesía prima lo narrativo³¹, habiéndosele subrayado concretamente "la dimensión itinerante³², representante de una poesía caminera y lugareña que plasma versos sobre rutas, sendas y ciudades pequeñas, aptas para un reposado recorrido a pie, de una lírica con raigambre en el Medioevo pero entroncada con la épica del Romancero y enlazada con uno de los registros importantes de Antonio Machado; una caminería en la que se conjugan epicidad y lirismo, por vía preferentemente romanceril la clave maestra de su mundo poético"³³.

Y, ya lo dijimos, siempre una caminería del arraigo, de la vuelta, sin que el norte ilusionado de ésta se pierda a lo largo del viaje lejano³⁴, en y a la ciudad y la comarca nativas sobre todo, Villafranca y el Bierzo, geografía ampliada al noroeste todo, sin excluir el astur-sanabrés a la que densifica de historia la constante referencia a la diócesis de Astorg³⁵, y cuya atmósfera de fantasía lírica

²⁴Cfr. *Gil Y Carrasco y don Manolo*, CV, 19-20; texto de 1946, imaginándose su "retomo ideal desde la fría tumba berlinesa en que yace su cuerpo hasta el vergel cálido y amoroso de nuestra tierra del Bierzo, sobre las nieblas que él amara, volando por un cielo que refleja lagos dulces y europeos castillos".

²⁵Véase *Un rapaz villafranquino evoca a Gil y Carrasco*, CV, 181-5.

²⁶Gusta de hacer suya la sentencia de Neruda, según la cual el poeta que parte y no vuelve es un cosmopolita, y "un cosmopolita es apenas un hombre, un reflejo de luz moribunda".

²⁷PPAP, 35; del prólogo a *Contar y seguir*; cfr., *Cuando en Sagres escucho una campana / vuelve León adentro. Yo os lo fio*; del *Cancionero de Sagres*, 186.

²⁸Peñafiel, Évora, Portalegre, Lisboa, las riberas del Mondego, la sierra de Marão.

²⁹En la entrega tercera de los "Cuadernos del Valle del Silencio", del Ayuntamiento de Ponferrada.

³⁰Cfr., VÍCTOR CORCOBA, *Sobre Cunqueiro*, "El Faro Astorgano", 9-5-1997.

³¹C. BUSMA YOR, *Analogías entre la urdimbre poética y la narrativa de Antonio Pereira*, en "Tierras de León", núms. 85-6 (1992), 5 hojas sin paginar; cfr., M DOLÇ, *El único libro de Antonio Pereira*, prólogo citado a *Contar y seguir* (Barcelona, 1972).

³²Véase su artículo sobre el *Viaje [iniciático] a una provincia interior*; CV, 151-2, de Raúl Guerra Garrido.

³³J-M.DOMENECH BALCELLS, PPAP, 14-5 (introducción).

³⁴Cfr., "en cierto modo, el paseo diario de don Antonio [González de Lama] era ya un viaje"; RC, 91-3.

³⁵Sin olvidar la capital. Notemos este final: "Cuando salí de la casaca del oculista, las calles eran pozos de sombra pero aún había sol en la torre de la catedral, todo estaba de lo más literario en la ciudad de A ***. Pero dejémonos de subterfugios, estamos hablando de Astorga"; pertenece a *El oculista*, en "Relatos sin fronteras" (=RSF; Junta de Castilla y León, 1998) 59-68... En la trama, viaja a la consulta en cuestión un matrimonio tejano, de la región de San Antonio.

se enriquece particularmente al contacto fronterizo y fraterno con lo galaico³⁶- portugués³⁷. Local a cual más, sí. Y por eso mismo en la plenitud de la universalidad. A este propósito escribió Ricardo Gullón al estudiar su cuentística³⁸.

Pero antes de proseguir, entrando ya en lo expositivo, hemos de hablar otra vez del regreso, pero del tema, no del libro así titulado, esta vez en otra obra de Pereira, su primera novela, *Un sitio para Soledad* (1969). Linealmente y en tercera persona, se desarrolla en tres tiempos y dos espacios, aunque esta dualidad sea solamente topográfica. La protagonista no se encuentra a sí misma en la Venta del Cruce, se cree diferente como la dicen los demás, sueña con la capital lejana³⁹. Pero no es a ésta adonde tiene oportunidad de irse, sino a una pequeña ciudad cercana a Toulouse primero, y nada menos que a París después. Sin embargo, la ruralía dejada de tan buen grado la acompañará constantemente a lo largo de esta estadía, "hambre de familia, ganas del cielo suyo y de la tierra humilde del Valle, que ahora se la representaba tan fácil y verdadera". Una nostalgia exigente del retorno, vuelta pues al primer espacio, pero para sentirse entonces a su vez extranjera en él, viéndolo distinto. Por eso decíamos que la dualidad era aparente, ya que en el fondo son también tres los espacios, correspondiendo a los sendos tiempos. Y Soledad se vuelve a ir, "hacia un destino ambiguo y sugerente"⁴⁰.

Y ya sabemos que, a diferencia de esta su criatura, el autor sí que ha podido regresar siempre⁴¹. En *La costa de los fuegos tardíos* (1973), la tierra nativa es el recuerdo viviente en Fuengirola y Marbella. Y de la novela experimentalista *País de los Losadas* (1978), "continuidades y discontinuidades", baste decir que su portada es un trozo de mapa, ni más ni menos que una cartografía de caminos⁴². Su protagonista es sin más "el huido", y ella sola acapararía de por sí esta nuestra aportación caminera⁴³

³⁶ ¡Os monxos do demol!, leemos en *Delmira y los monjes*, los de Samos (83-9 de *Picassos en el desván*). Evocando el país de Lemos, el país de Valdeorras, el país del Sil, dice un personaje de su novela *País de los Losadas*: "Emoción de la geografía pequeña y campesina que bien sé yo por qué caminos me viene: aquella voz enseñante, patriarcal, de don Ramon Otero Pedrayo".

³⁷Cfr., CESAR GAVELA, *De Astorga a Braga*, "El Faro Astorgano", 27-5-1997.

³⁸Introducción a *Cuentos para lectores cómplices* (Madrid, Austral, 1989=CLC): "Las narraciones de interés más permanente son, en mi opinión, las localizadas en un cronotopos bien calculado, viviente en sus propios términos y transmisible a otros tiempos y a otros lugares: episodios de *Platero y yo*, tan universales en su andalucismo, lograron la universalidad por el automático traslado a la mente lectorial de los incidentes (con leves alteraciones) más allá de los campos y de los caminos transitados en Moguer por el asnillo y su dueño. Esta transmisibilidad fue ya señalada por Ezra Pound en su recensión de *Dublineses*".

³⁹Notemos la influencia a la inversa del viaje, en quienes no viajan cuando los demás lo hacen. Es el caso de los que en agosto se quedan en Jaén, *Una semana y un día*, RSF, 91-8.

⁴⁰JOSÉ-ENRIQUE MARTÍNEZ, *El mundo literario de Antonio Pereira*, "Anuario de Castilla y León" (Valladolid, 1997) 313-20.

⁴¹FRANCISCO MARTÍNEZ GARCÍA, *La narrativa de Antonio Pereira. Pistas para su lectura*, en "Filandón" (núm. especial dedicado a él; "El Diario de León", 24-2-1991) ix-x.

⁴²Notemos un detalle de su sensibilidad a la geografía urbana (RC, 135): "A mí me fascina *la calle* y creo que las calles podrían hermanarse según esa moda municipal del *jumelage* que se emplea para las

Una ventana a la carretera: Las dos dimensiones del viaje

Desiderio, protagonista del primer cuento⁴⁴ del primer libro narrativo de Pereira que ya citamos, que da el título al conjunto, es el criado del convento de las monjas. Sus menesteres son muy variados, a saber "sacristán en la hora del alba para la misa, demandadero a media mañana para hacer la compra, corretero para los recados, cachicán en la huerta, procurador para pequeños negocios entre el claustro y el siglo... ". Su salario muy menguado. Pero sus necesidades son correlativamente escasas. Y no sólo las económicas. Pues tampoco "había tenido novia; no se le había pasado por el magín. Lo cierto es que nunca sintió una mayor necesidad. Sólo algunos sobresaltos y curiosidades, mayormente en el tiempo de la fruta madura y de las noches cortas y calientes". Por otra parte su único ideal es el de no cambiar, y a la sombra del cenobio ve una promesa de esa estabilidad que quiere definitiva. De la retribución hace parte la vivienda. Y lo único que empaña su bienestar es la índole muy cegada al exterior de los vanos de la misma. "llevadas las habitaciones hacia dentro, asomándolas al pudor monástico de la huerta, mientras a la calle se medio abrían los huecos indispensables para tomar un poco de luz y aire. Alguna de estas celosías dejaba ver, no obstante, un trozo de carretera por donde sonaba el palpitar del pueblo". Mas, en definitiva, es una ventana a la misma carretera lo que le falta.

Valdeperón es uno de los dos pueblos que abastecen el mercado de la pequeña ciudad. Y allí convidan a Desiderio a un bautizo de rumbo, en representación de las monjas, propietarias en el lugar, e incluso del capellán. Un evento excepcional en la rutina de su cotidianidad, ya que "sus fiestas se relacionaban con el año litúrgico y su mayor relieve estaba en la repostería. Eran de puertas adentro, como si el mozo perteneciese a la clausura. Sólo en junio, por San Pedro, salía a las cucañas y carreras de sacos. Algo tenía visto de cine: *El signo de la cruz* y *La canción de Bernardette*, por lo menos". El viaje a pie de la ciudad al pueblo, una larga legua de camino vecinal, se siente plácido, lo siente el lector queremos decir: "Por una fuente próxima al camino, medio oculta entre la bruma de los castaños, conoció el viajero que ya estaba a un cuarto de legua. El agua había manado allí por un prodigio antiguo de la Virgen. El sacristán pasó el paraguas y el paquete de golosinas a la mano izquierda, y con la derecha hizo la señal de la cruz".

ciudades. Propongo seriamente que la calle de Ordoño II, de León, se empalme con el Corso Vanucci, de Perusa. Hay algo secreto que enlaza los dos lugares urbanos".

⁴³No es el mar, dijo Salvador, pero tirando adelante todo recto está Gijón, que es nuestro. Te das cuenta, el Musel, pescado fresco, mujeres. Y si vienen mal dadas, barcos para Bilbao, o donde se pueda.[...] A veces dejaré el buque por escalerillas displicentes, regreso a él desde la tierra que llaman firme como se vuelve a casa, en la mano algún envuelto de librero-importador de Honorato de Balzac en Puerto Príncipe o el recuerdo de un anticuario, Florida, Panamá, barrio chino de San Francisco. Mujeres en las piscinas del barco como en las playas doradas del Pacífico. [...] Un atardecer, Blasco Ibáñez pasaba, yo pasaba entre la Italia continental y el relieve enigmático de Sicilia, a la hora en que un sol decadente dibuja todo de color naranja...

⁴⁴Con variantes, es *El tío Candela*, de RSF, 99-102.

Pero a lo largo de la fiesta es iniciado en el amor por la cuñada del casero, Rosinda, una moza robusta, bien dispuesta para el trabajo y con fama de enredadora. Así las cosas, se concibe que el viaje de vuelta sea agitado: "Todo lo iba evocando el andador solitario. Fue interrumpido por un encuentro: gente de paz que daba las buenas noches y seguía. El campo era una sinfonía de cigarras. Miró el hombre al cielo, alto y clavado de estrellas. Le dio rabia el paraguas. Rosinda se había reído de su precaución, con una risa que todavía le estaba hiriendo. [...] Se notó empapado en sudor. [...] Cuando cruzaba el puente sobre el río, una nube de verano empezó a descargar en gruesos goterones. Siro fue a abrir su paraguas, pero, de repente, pensó que no lo haría. Desiderio González Blanco, mayor de edad, soltero, doncel hasta aquella noche, de profesión criado de monjas, siguió despacio su camino, sin inquietarse por la hora, indiferente a la tormenta, sólo con duelo porque el señor Lucas no pudiera verle en aquella sublevación que el paraguas cerrado levantaba hacia las alturas".

El señor Lucas era un comerciante liberal que venía acuciando al mozo para que levantase los vuelos y llegase hasta Barcelona para ejercer allí con más alas su oficio complementario de sastre. Y el lector se queda preguntándose, suspensión definitiva, si lo acabará haciendo, como lo sueña al poco de dejarse caer en su camastro de hierro, que también sueña compartido con Rosinda, "sastrería propia, un obrador con ventana a la carretera". El cuento termina, en su colofón explícito queremos decir, salvada su magistral indefinición, de esta manera: "Rosinda le echaba la pierna por encima, y él estaba acurrucado y quieto, mientras la voz de Sor Salvadora se colaba por la pared clamando *Ave María Purísima, Ave María Purísima...*".

Pero lo cierto es que ya no podrá librarse de su definitivo descubrimiento de la otra dimensión del viaje, la nueva en profundidad, al fin y al cabo su génesis en el recorrido horizontal al pueblo del ágape.

En el mismo libro, *La vara* tiene algo que ver con ese enfoque vigorizador del viaje⁴⁵, en cuanto se inserta en la índole potenciadora de las sensaciones, de la vitalidad sin más de que éste es portador⁴⁶.

El narrador, en primera persona, todavía un niño, y su hermano adolescente, Pepe, van con su padre a Lugo, en la fiesta de San Froilán. Por

⁴⁵Más que éste, es su destino, el punto de llegada, lo decisivo en *Rabanillos* (pp.25-8); Ponferrada, donde el radiotécnico de pequeño taller, obsesionado por la mujer, disimula en el tráfico urbano la falta de compañera. En cambio recordemos el encanto del viaje sin destino fijo ni conocido en el poema *Ciudades sucesivas* (en *Contar y seguir*, 37-8): *Quisiera circular / por carreteras / anónimas, quitadas las señales, / sin otra orientación que las estelas / de un resplandor huyendo o de un aroma.*

⁴⁶Aunque no siempre. La falsa "superioridad" dada por los viajes, vistos éstos por los sedentarios del "llamado complejo de ojo de cerradura", es el tema de *No hay burlas con el honor* (pp.109-14). El destello de la ilusión viajera, abriéndose fugazmente paso en el horizonte gris y limitado de la autoescuela, donde se matricula un matrimonio con miras a tener un coche para la ciudad y salidas programadas al campo circundante, en *Los Cedilla* (pp.85-96): "a través de la niebla densa, lluvia copiosa, etcétera, etcétera, se le aparecían viajes radiantes y soleados".

supuesto, se presta atención al vehículo: "Fueron cuatro horas hermosas sobre la baka del viejo ómnibus de Lisardo, jugándose la vida- ahora me doy cuenta-, en cada viraje por Piedrafita y Cruzul". Y la ciudad no les defrauda, a pesar de hacer parte del trozo de planeta visto en la realidad por bastantes personas del entorno, si bien de tarde en tarde y siempre cual algo extraordinario: "Resultó que Lugo era grande y maravillosa. Yo, de niño, amaba por la Geografía de Paluzie las ciudades maravillosas y lejanas⁴⁷, como Burgos y Constantinopla. De tal clase me pareció a mí Lugo, vuelvo a decir, con sus ríos de gente marcada por el gozo de la fiesta".

Así las cosas, un tío regala a Pepe la mejor vara del ferial. Pepe la pierde y se queda hondamente entristecido. Pero al verla en manos de otro chico, la recupera con una decisión que da a pie a algunos para interpretar el lance cual augurio de un porvenir brillante.

A este propósito, se nos viene a las mientes el *consueta vilescunt*. ¿De veras que ningún hombre grande llega a serlo para su ayuda de cámara? ¿Y los viajeros que, con o sin rodeos en la definición de su oficio, hacen del viaje este mismo? En *Santa Bárbara, cuando truena*, el protagonista es un delegado de ventas que clasifica los lugares de su obligado recorrido por la benevolencia o menos de sus mujeres. ¿Alguna constante de vida más intensa por esos los itinerarios de la cotidianidad? Dejémoslo en suspenso. También el mismo Pereira fue viajante, ya lo sabemos.

La animación del vehículo⁴⁸

El viaje no es un mero traslado de uno a otro lugar. Por eso la facilidad contemporánea de las comunicaciones ha dado un tanto al traste con uno de sus aspectos más decisivos, paradójicamente⁴⁹. El viaje es también el camino⁵⁰. Y por eso no se puede preterir el papel del medio de transporte y sus conductores⁵¹.

⁴⁷El encanto de lo exótico, en el poema *Ah, los atardeceres de Estambul* (en *Contar y seguir*, 222): *Ah, los atardeceres de Estambul, / el cambiante color de Marraqués. / Yo propagaba el aura de mis viajes, / hay nombres que se dicen y arden luces lejanas / en los ojos más bellos...*

⁴⁸Pereira es sensible también al papel erotizador de éste. Así, el camionero de *El atestado* (CLC, 115-20). Más diluido está en la furgoneta de *El sitio del inglés* (ibid., 121-38), desarrollado en *El Barco de Valdeorras*. Cfr., para los hoteles, *El otro y yo*, (CLC, 103-7), un parador en la carretera de Roma a Perusa, ya cerca de Asis. En *Las erotecas infinitas* (CLC, 217-35), entre Río Grande y Trinidad, pero la secretaria Mary Jane Brooke inmersa en esa vida de viajes planetarios y superficial cultura ecuménica, la erotización ha llegado sin más a toda la atmósfera en tomo de la propia existencia, tanto que cualquier papel catalizador queda difuminado; "Todas las chicas, dices. Montreal, Hong-Kong, Río. Y luego ya ves, son sólo nombres, nombres por un altavoz. Y un hotel en cualquier aeropuerto, iguales, acolchados, insonorizados, ¡pero se oyen los aviones!".

⁴⁹Y, sin embargo, no deja de ser un viaje salir a cenar fuera; es el caso de *Las cordobesas sueñan con el Danubio*, RSF, 31-8.

⁵⁰Pereira no es insensible a los paisajes, ni mucho menos. Pero el predominio en su inventiva de las situaciones determina que su geografía- no olvidemos que ésta es la ciencia del paisaje- sea más la humana, la cual desde luego se asienta en la física; cfr., los poemas *Los paisajes* y *Un árbol con su sombra prevenida* (pp.39 y 44-5 de *Contar y seguir*).

A *Una ventana en la carretera* pertenece también *Beltrán, primera especial*. El personaje del título es el conductor del coche de línea, "veinte años haciendo la lanzadera, cada día cinco horas desde la villa a la capital y cinco y media desde la capital a la villa, sus sentidos anticipados a las peripecias del viaje, llevando el volante con la seguridad de un héroe antiguo que se abriera paso entre mil asechanzas".

Al iniciarse la bajada del puerto, el coche se había venido de siempre deteniendo junto al tabuco de la señora Camila, donde sólo había pan y cecina. Pero al abrirse el bar de la gasolinera nueva, "rutilante de luces, con aparatos cromados para hacer el café o cortar el jamón", cambió de parada, pese a que "Niche, el perro de la casa, se lanzaba sobre el coche sin entender, ladrando lastimero junto a las ruedas". Hasta que una buena tarde, "Niche no hizo nada, ni siquiera rebulló cuando el coche llegó a su altura, sino que se estuvo quieto, y el conductor creyó verle en los ojos al pasar una tristeza resignada y última, como si fueran los ojos de un hombre⁵² que ya no tiene nada que esperar".

Y entonces, con un frenazo que llegó a asustar a los viajeros, algo insólito, pues la inquebrantabilidad de su confianza en el conductor era tanto historia como presente, "el coche se detuvo con un gemido largo". ¿Ha sido Beltrán? ¿Ha sido el mismo autobús? Nos lo preguntamos nosotros. "Luego lo hizo recular despacio, despacio hasta arrimarlo a la taberna; tanto, que todo el recinto oscuro se iluminó con sus luces".

51 "Para el coche no teníamos donde escoger. El de Pinturitas, o nada. Pinturitas, que tenía la cara salpicada de pecas rojas, era loco por la Fiesta y accedió a contarse él mismo como pasajero a los efectos del precio", *El fuero y el huevo*, 143-4; "Era un camión alegre, como una voz amiga en el folklore de la carretera. Hay camiones taciturnos, que marchan con pesadumbre. Otros, como el de aquella mañana, son dicharacheros por todas sus caras: *Beba vino y vivirá mejor, Pida paso y se le dará*", *Santa Bárbara, cuando truena*, 69; el viaje, cada cinco o seis años, de los poetas de la ciudad torreada, a la otra ciudad torreada del extranjero más inmediato, "en un autobús recién lavado para no quedar mal en las comparaciones exteriores", *El espejo* (PD, 151-3); "Después del transbordo, vióse el viajero en un tren parecido al de su memoria, con vagones de madera y hombres y mujeres del pueblo", *La tienda de Paco Santín*, 33. Recordemos el citado poema *El pequeño tren* (en *Contar y seguir*, 57-8): *Alabo el tren pequeño: Idos vagones/ de tablas barnizadas con cristales/ que cuadran los viñedos, con un timbre/ de alarma que quizá no suene nunca*. Notemos la simbiosis de conductor y coche en *El tendadero* (PD, 15-9), "Paulina de Orase sigue renovando su carné de conducir, que le sirve para circular por ese mapa pequeño de ferias, de médicos, de visitas a parientes que se van extinguiendo [...]a Madrid rodeando por las carreteras más secundarias, llevando el volante con guantes de cabritilla por en medio de dos hileras de árboles".

⁵²Conviene citar algunas muestras poéticas de la sensibilidad del autor hacia los animales: *¿Quién canta que los pájaros son libres?/ ¿Qué río inventa su fatal destino?*, de *Meditaciones y preguntas*, 3 (en *Contar y seguir*, 102); *"Rubio"* (de *Escenas y personajes*, *ibid.*, 110): *Oh, Tierna / criatura de carga, poblador / de un mundo donde acabas / y queda un hueco grande como un hombre*. Y la tristeza engendrada por la extraña crueldad de *En el parador nacional, los cazadores*, y *La altura de los bosques* (de *Dibujo de figura*, *ibid.*, 211-2 y 215).

*La venganza*⁵³ insiste en el papel, en el ágora de todos los decires de los lugares, que ineludiblemente ha de jugar el ya calendado conductor del autobús, no uno cualquiera claro, que queremos decir, otro no se concibe, el coche de línea. Uno de los últimos aristócratas de la villa, Máximo Narayola, envidiando al de *La Rápida* su opulenta mujer, Rosalía, da pábulo a todas las habladorías allegarla inopinadamente una casa en su testamento. "Otra cosa sería que uno tuviera un oficio más oculto, y no el de ir y venir por donde te conocen todos, sentado en la cabina del Pegaso como quien está de exposición en un escaparate, [...]de continuo un gallinero en estas líneas donde todo el personal se conoce. [...] *Se prohíbe hablar con el conductor*. Pero la gente no sabe lo que habla el conductor de un coche de línea para sus adentros".

*Los últimos testigos*⁵⁴ tiene por argumento una muerte que ocurre en un tren. Y salta a la vista, desde antes de su lectura, que no por casualidad. Sin que para convenir en ello hayamos de preguntarnos si hay algunas muertes cuya circunstancia sea casual... Así, en otro cuento coincidente, *Una historia breve*⁵⁵, el ingeniero técnico próximo a la jubilación, que muere también en el tren, no por suicidio, en el que le llevaba a su último destino profesional precisamente, el trance consiste en la recapitulación de toda su vida a través de unas cantas estampas.

*Informe sobre la ciudad de N****⁵⁶ es una deliciosa visión de Villafranca en el de un viajante de almanaques, otro menester de los caminos que ya hemos visto por algún tiempo fue el del autor; "cada vez que he metido en el cofre del coche las cubetas que contienen los muestrarios, el carterón con los talonarios de informes y pedidos y la maleta de mi propia ropa, y he ojeado la cuenta del hotel Ambos Mundos a reserva de una posterior y menos descarada revisión, hecho mis adioses hasta los almanaques del año próximo, lástima las ventanas del hotel Ambos Mundos fingidas, a las que nadie puede asomarse con un pañuelo...".

Más común es el convencimiento, respondiendo a su evidencia más nítida, de tener igualmente alma los caminos⁵⁷. Como la carretera general, que había venido pasando por la finca del señor Saturno desde que la hizo Primo de Rivera hasta poco antes de iniciarse el argumento de *El tío Candela*. Naturalmente que el desvío trae consigo el vacío inmediato de la taberna de éste. Hasta que una buena noche, ya de madrugada, se desvió a su vez a ella un coche lujoso del que salieron dos parejas, encantadas al descubrir, por ejemplo, que no había electricidad, y ello el primer episodio de un florecimiento sucesivo en esa línea, popular la que llaman "la cabaña del candil" entre los señoritos a quienes el tío

⁵³CLC, 89-94.

⁵⁴CLC, 93-100.

⁵⁵PD, 201 -8.

⁵⁶CLC, 175-92.

⁵⁷"La carretera estaba animada de paisanos, porque el día era de feria en la ciudad. (En los días de feria marchan unos a pie y otros a caballo o en carro; algunos llevan del ramal a su caballería, como si quisieran mirarla hasta la hora de ponerle precio en la plaza)"; *Unas botas del 43*, 154.

Candela cobraba "la cecina a precio de oro, y el vino agrio, más caro que el whisky en la ciudad".

Caminos que tienen alma, que viven, que a su manera son seres vivos también. Pero a cuyas orillas⁵⁸ hay otras gentes, las que no viajan⁵⁹, las que allí viven por su parte, como acabamos de ver y de lo que hemos de seguir diciendo.

Los que se quedan

En *El amor que pasa* de los hermanos Álvarez Quintero, la estación del ferrocarril de un pueblo andaluz encama el aroma bien identificado de lo que se va para no volver sino en el recuerdo, de lo que se ha ido definitivamente en la realidad exterior, de lo que pudo haber sido y no será, tan falto de esa otra realidad y sin embargo tan viviente. Una de las posibilidades del paisaje anímico de los que se quedan. Pero hay otras. Pues éstos, a veces, se sienten complacidos de su sedentariedad, privilegiados respecto de quienes han de andar los caminos, otras veces envidiosos de ellos, sanamente o no: en ocasiones disfrutando por su vía también del viaje que espacialmente no hacen. O viajando a través de las cosas de su entorno que lo han hecho, como el del vino en la Capadocia, al valle de Göreme, por Estambul y Ankara⁶⁰. Ahora bien, lo mismo que el viaje es una realidad vigorosa y de características propias, por lo común también se puede predicar lo mismo, de alguna manera, de su contrapartida, del no hacerlo. Un caso a cuál más pintiparado nos lo ofrece Pereira en *El hilo de la cometa*⁶¹. De vuelta de Barajas, una madrugada, el marido y la mujer de dos viajeros a quienes habían ido a despedir, por separado y sin conocerse hasta entonces, entran en un bar. Se presiente la aventura. Pero la fría luz del alba los devuelve a la realidad, al levantar la mirada a lo alto sienten que un hilo delgadísimo pero tenaz los une con las nubes, conjeturan que el aparato ya irá por Portugal, entran, más para pedir un café con leche, y todo termina cuando "los dos se echaron a reír con una risa que los hacía niños".

Mientras viene el trenillo, que va a tomar un matrimonio del noroeste que vive en el mediodía, ya con nietos, la mujer se acuerda de los trenes de su tierra, y de los años en que verlos pasar y esperarlos por mera curiosidad era todo un aliciente de la vida de los pueblos. "El correo que venía de Madrid pasaba por

⁵⁸*Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos* (PD, 79) es el primero y único verso del poema de un poeta que nunca termina una página.

⁵⁹*La embajada toscana* (PD, 173-7) es la que llega al lugar a buscar al cura, sedentario, pero llegado a especialista en circulación de fama internacional, por supuesto desconocido en su residencia.

⁶⁰*El sedentario* (PD, 47-50).

⁶¹En la recopilación (pp.7-12) *Historias veniales de amor* (Plaza-Janés, Barcelona, 1978). En sus tres partes, tituladas *Historias veniales de amor*, *Cuentos mercantiles e industriales*, y *Cuentos de varia (y dudosa) lección*, se incluyen los integrantes de *Una ventana a la carretera*. En la portada de Gracia, un avión y el aeropuerto son el trasfondo de las cabezas de una pareja. El siguiente cuento ocupa las pp.13- 22,

Toral al mediodía. El exprés pasaba de madrugada, no eran horas para una muchacha, sólo alguna noche de verano lo pudo ver aprovechando la verbena de San Cristóbal y era un tren misterioso y dormido cargado de muertos. Lo mejor era el correo que todas las tardes venía de Coruña y Vigo ¡También tenían suerte en Toral!, que les tocara el de Galicia⁶² a la hora de darse una vuelta las chicas. Bajaban a la estación y andaban arriba y abajo por el andén, desde la cantina hasta la otra punta". En cambio, a estas alturas, cuando al fin "vino el trenillo de la Costa y como si fuera la primera vez, la mujer se quedó asombrada de verlo tan de juguete, luego le entró de repente una risa escandalosa, y el marido qué coño te pasa, y ella con la risa temblona que la aflojaba y le movía la abundancia de las carnes arriba y abajo, y cómo iba a decir que le había dado aquello tan tonto porque el trenillo no es ni comparanza con el correo de Galicia".

Además, el viaje de la vieja pareja es una excursión por mor de la paga extraordinaria del diez y ocho de julio. Intacta en el aquel entonces la capacidad para el asombro, algo que en este argumento nuestro llega a *leit-motiv*, pues "sucedió todos los días pero como si fuera la primera vez, igual que si se tratase de un milagro, y Toral era por unos minutos una ciudad importante como León o Monforte de Lemas. Entraba en agujas un toro largo y furioso y la gente se apartaba a empujones contra el edificio de la estación, hasta que el tren se iba aplacando y ya todos se arrimaban como a un animal que se sabe amigo". Esta imagen del convoy animado tampoco nos es nueva. Pero dejando el espacio para volver al tiempo, "pronto fue un olor ciertísimo de carbonilla mezclada con cajas de ciruelas apiladas en el muelle, parece que sale mismamente de aquí, la mujer se señalaba es un decir para los adentros, no había leído libros, no sabía lo que es el subconsciente, el olor le venía de aquel julio de hace treinta y tantos años en Toral de los Vados ceca del muelle de gran velocidad". Justamente cuando "un día no pasaron los correos ni al otro día ni al otro. La estación era un cementerio, y más que la estación todo el pueblo era un cementerio, la gente espiaba apartando un poco los visillos, tú quédate en casa, es mejor que las chicas no anden por la calle". Hay una canción que vale por toda la composición de lugar:

"Ella echaría ahora cinco duros, tanto no pero un duro sí que lo echaría sólo porque tocasen *en Sevilla había una casa y en la casa una ventana*". Pero "no, ahora no podría oír ni por nada *ay ay ay ay no te mires en el río*". Y la evocación es la del soldado que, en la parada de uno de los trenes militares que luego fueron pasando, tomó su nombre y su calle incluso para escribirla, y de quien nunca más se había sabido⁶³, María Encina Castedo, calle de la

⁶²En el último cuento de *Las ciudades del Poniente*, que precisamente es el que ha dado su título a la traducción francesa, de este año 1998, *Don Eloy, deje salir a Dorita o me mato*, un episodio es el desvío de este tren, por el miembro de una familia de un destino endémico de parecidas empresas por el mismo motivo, que algo tiene que ver con lo erótico naturalmente. Sobre la traducción, J-L.SUÁREZ ROCA, *Ahí nos tienes, París*, en "La Crónica de León", 5-3-1998; la mitología de esta región de nieblas raras, donde las noches son quizá tan misteriosas como las que se pasan en la dulce Bretaña".

⁶³Cfr., el poema *En aquel tiempo había bastantes vírgenes*, (en *Contar y seguir*, 204-5), el misterio también de las voces perdidas.

Cuesta, pero "el cartero no le trajo ninguna carta, mucho tiempo y ninguna carta, toda la vida sin la carta, *porque tengo- niña- celos de él*".

La alegría de andar

Algunos cuentos de Pereira podemos decir lo son de viajes sencillamente, cual libros del género en la dimensión imaginativa. Siendo desde luego secundario se llegue a lo exótico⁶⁴ o no se pase de lo siempre presente provinciano. Mas siendo de justicia reconocer su habilidad para policromar adecuadamente lo primero cuando es el caso. Notemos uno de picaresca, en el sentido más descamado de la del siglo de oro, en el camino de Santiago del siglo XX, *La barbera alemana*⁶⁵.

*Palabras, palabras para una rusa...*⁶⁶ cuenta un baile muy largo y muy denso en un salón de Moscú, entendiéndose plenamente la pareja pese a la barrera de los idiomas, pero nada más. Aunque a pesar de ello sabemos vigorosa, por la misma perennidad de su recuerdo, la hiperestesia del viaje.

*El carisma*⁶⁷ nos lleva a La Encomienda, un pueblo de la diócesis dominicana de Santiago de los Caballeros- ésta "una ciudad coloreada en que se compran y venden muchas cosas, mereciendo anotarse sus pregones"- [...]los colores chillones de los bohíos, rojos, azules, amarillos; el verdinegro de los árboles"; en el Cibao, hacia el centro de la isla, "lejos de la desembocadura del Ozama con sus yates, y de las playas". Es el hervor del Caribe afrohispano: "Para las fiestas de la Altigracia, de San Antonio y San Santiago, hay vísperas que llaman noches de velación, donde se reza y se baila y se peca un poco. Se peca menos que en el vudú fronterizo". El investigador protagonista se ve aureolado de una fama de brujo bueno, en la fonda del señor Trino Marques. De manera que el temido regreso en el coche de línea es una ruptura despiadada: "Rápidos y egoístas nos subimos los viajeros a la guagua. Mi boleto era preferente y el cobrador corrió la mampara que me aislaba del personaje y de las gallinas". Mientras que en *Los ojos luminosos*⁶⁸, desde Río, "la capital más viva del mundo", se pasa a las asechanzas selváticas de *O mato do Brasil*, en la finca del poeta Lêdo Ivo⁶⁹. *Una novela brasileña*⁷⁰, ocupa solamente un párrafo y no

⁶⁴O a lo de actualidad; por ejemplo, *La aventura* (PD, 31-4), el paso de Israel a Jordania, una contradicción administrativa.

⁶⁵PY, 57-63.

⁶⁶En *Relatos de andar el mundo* (Biblioteca de "El Sol", Madrid, 1988=RAM). Todos los cuentos contenidos en este librito hacen parte de *El síndrome de Estocolmo* ("Rectángulo", Mondadori, Madrid; 1988=SE); la cita es de RAM, 7-15.

⁶⁷RAM, 73-82.

⁶⁸RAM, 73-89.

⁶⁹Al bosque le llaman la floresta, es un nombre tranquilizador, pero modesto para aquellas formas góticas y rezumantes de humedad cálida que parecían rozar con el cielo. Enfrente de nosotros había como tupidos muros catedralicios donde la piedra fuera usurpada por las ramas entrelazadas del pangelin y el ficus, por las maderas incorruptibles del cedro, el llamear del flamboyán. Había bóvedas resonantes y mis ojos descubrían tubos de órganos gigantesco aunque no se oyeran fugas de Bach, sino la salmodia casi gregoriana que ahora recuerdo en mi lengua: *Piensa en la lluvia cayendo sobre los huertos hipotecados, y en los frutos de las granjas tocados por la euforia del sol del verano*".

largo, diez líneas para ser precisos. Es una noticia de periódico, una de tantas de la violencia del país. Y está en portugués, un alarde que en Antonio Pereira responde a una naturalidad, no a cualquier virtuosismo, *a ocorrência ficou registrada*. En *Así empezó Lourido*⁷¹, a través de un episodio entre bufo y turbio, se nos ofrece una hiperbolización erótica del mismo país, "qué hembras por las calles de Río, como si fueran bailando sambas", evasión a pesar de ello de la capital al mundo de los azúcares y los cafetales, "la mansión de columnas en la fachada, los interiores con sus tules y ventiladores en el techo, con loza inglesa y cristales de Bohemia y libros importados en barcos hasta Recife para luego seguir en las canoas por ríos muy anchos".

Pasando ahora a las situaciones en las cuales la ubicación no llega al protagonismo, *El síndrome de Estocolmo* relata un secuestro breve, sin fines de robo en San Juan de Puerto Rico, en definitiva la exaltación de la mujer del autor, que cuenta en primera persona: "En una de mis vueltas por Puerto Rico (a quién se le ocurre haber ido cinco veces a Puerto Rico y no conocer Ribadeo) dejé que mi mujer fuera conmigo. A ella le gustó el viejo San Juan. Paseaba por calles en sombra como las de Trujillo o Santillana del Mar. Visitó museos, la sala de Juan Ramón y Zenobia; en el museo de Pablo Casals había un concierto de violoncelo".

*El vuelo*⁷² es la aventura erótica surgida en el viaje Madrid-París de un juez invitado a dar una conferencia en Estrasburgo, primera salida de esa índole en su vida, ello una cierta aventura también. Se advierte la insistencia del autor en el viaje en sí, tanto por este mismo argumento⁷³ cual por los detalles: "El aparato se había instalado en el aire, con ese zumbido de normalidad que envuelve como una seda- él sentía la seda- a los pasajeros de los aviones. [...] El aparato se perdía en un montón de nubes, durante un tiempo viajaba ciego y luego salía a cielo limpio marchando con firmeza a su destino marcado". En *El ingeniero Démencour*⁷⁴, lo mismo sucede al bajar del ferry de Tánger, en un trayecto hacia el mediodía marroquí, "la ilusión de las ciudades imperiales y las ciudades santas, y todo eso, pendiente de autobuses lentos y calurosos", aunque en este caso sean sustituidos, mientras la trama del cuento dura, por el Peugeot de la viajera, "sólido, calzado con neumáticos anchos". En *La escalerilla*⁷⁵, la de evacuación del tren sirve de trepa, en la realidad y en el símbolo, al personaje, un sindicalista compañero de Ángel Pestaña que se ve obligado a trabajar en la estación una vez

⁷⁰CLC, 87.

⁷¹PO, 9-12.

⁷²RAM, 23-30.

⁷³Ya en el punto de destino, puede cotejarse con el sueño lúbrico de *Visita impía del Gulbenkian* (RAM, 67-71), el de Manuel Cajide, el profesor de Geografía e Historia.

⁷⁴CLC, 39-54.

⁷⁵SE, 23-6.

trabajar en la estación una vez perdida la guerra. "Los trenes andaban abarrotados. Pero el tren es siempre una fiesta". Y "lo que viene después es una historia como la de un magnate en Norteamérica. Sólo que allí hacen discursos en los entierros y nosotros no".

En *Truman Capote cuenta un cuento*⁷⁶, el misterio de una lejanía que sugestionó en la infancia enlaza con una parte de la realidad a que corresponde vista en la edad madura, ello merced a un viaje a su emplazamiento, dejando el desenlace al libre arbitrio del lector un cabo sin atar, tanto más inquietante cuanto en sí más sencillo. "¿Se dan cuenta? Los boyardos. Y los popes de barbas blancas y ortodoxas... No sé si ustedes han tenido de chicos un libro prestado, con iglesias como la que digo. Yo tuve ese libro a los doce años, y daría algo por saber si sigue en la granja de mis tíos los Carter, si es que sigue la vieja granja, ahora que están criando malvas mis viejos tíos ... [...] Eran hermosas las iglesias rematadas en bolas y crucifijos de oro. Yo me extasiaba mirándolas en un granero de Alabama, y les puedo jurar que las iglesias tenían movimiento, que las cúpulas avanzaban hacia mis ojos como una procesión de cruces alzadas y de ciriales...".

*Teoría y práctica de las islas*⁷⁷, es la de un poeta palentino, Longinos Cervera, a quien dan el puesto de favor de bibliotecario del *Liberty*, un trasatlántico que hace cruceros por el Caribe. Le obsesionan las islas. Como al protagonista de Cortázar, *La isla a mediodía*. Un camarero de un avión ve una isla por la ventanilla y la vuelve a ver en el vuelo siguiente a la misma hora, y en todos los vuelos, una isla que ni se nota en el mapa, y el camarero termina enamorándose de la isla hasta llegar a un final atroz...[...] Yo vivía con el ansia de las islas. Madrugaba y subía a cubierta a ver cómo nos acercábamos a *la isla del día*. A veces era una isla por la mañana y otra por la tarde. Con sus playas de arena fina cuajada de palmeras, las colinas tan suaves de orquídeas, el mercado con los mismos olores que en una novela de Carpentier. Al cabo de unas vueltas a la noria, yo sabía adivinar que estábamos llegando a San Martín; sabía que después de la Martinica vendría Santa Lucía, y que la costa de Antigua era cuando habíamos dejado atrás las torrenteras que cortan la vegetación de Barbados". Hasta que en St. Thomas, el autobús que le lleva con los cruceristas está a punto de desplomarse en el mar, y él da en pensar que primero la tierra y luego los barcos también van menguando progresivamente, se encogen.

Estampas del ruedo ibérico

*El gobernador*⁷⁸, es un episodio de un viaje de Franco. Uno de esos viajes, como todos los suyos, extraños, muy diversos de los que otros estadistas -tan distintos entre sí como Hitler

⁷⁶SE, 133-9.

⁷⁷RAM, 59-65. No veamos en este relato una apología enmascarada de la sedentariedad, y no dejemos de tener en cuenta que Pereira ha sustituido su seducción por la del progreso; cfr., *L'île et le voleur. Formes et forces de l'imaginaire* (obra colectiva, ed. J. Burgos y G. Rubino; París, Minard, 1997).

⁷⁸RAM, 53-7.

y el presidente Auriol- llevaban a cabo en trenes especiales- "la tremenda solemnidad ferroviaria", que dijo Sánchez Mazas- o, por aquellas fechas, ya en avión, en su lugar un horrendo aparato automovilístico bloqueador de larguísimas carreteras: "Sobre el asfalto recién bacheado se clavaron cuarenta coches, los coches de respeto, vehículos de escolta, las cocinas y el quirófano de emergencia, la asistencia religiosa y los sumilleres". Del itinerario a Sevilla hace parte atravesar la provincia de Ciudad Real. Su gobernador espera en el límite. Y durante el trayecto a su través Franco despacha con él sobre su estado. El núcleo argumental es el incidente bufo que surge.

Por supuesto que el relato sirve a la composición de lugar de toda una larga etapa de la España contemporánea⁷⁹. Y decimos lo de larga no sólo cuantitativa, sino cualitativamente, el tiempo sin más llegando a protagonista del esperpento. Mas sin que pase de un fragmento de la composición de lugar dicha, a armonizar en la urdimbre de los demás. Notemos la afirmación de que "Franco era muy trabajador no se atreverá a negarlo nadie, jamás atravesaba una provincia sin despachar con el gobernador correspondiente". Ahora bien, históricamente hay que tener en cuenta que la índole exclusivamente personal de su poder llevaba consigo una identificación de lo privado y lo público, de manera que sus cacerías hacían parte de la entraña de su régimen. Y eran demasiadas y en días laborables. Un lujo de tiempo sosegado, al fin y al cabo permitido por la seguridad de la permanencia en el mando vitalicio. La duración de su poder es precisamente el argumento de *Los preventivos*⁸⁰, los desafectos llevados al cuartel en cada uno de sus viajes al lugar, cada vez menos, por mor de la muerte o el cambio de circunstancias, hasta que sólo queda uno, anacrónica la situación y anacrónico él mismo, dado por supuesto que el dictador estaba inmune al anacronismo por protagonista de una excepcionalidad histórica a lo temporal en sí. En *El encargo*⁸¹: éste no se desvela hasta después de entrar en el Pazo de Meirás el destinatario, un escultor que por casualidad había ganado fama de sanador de vinos, acaso por su "voz que parecía del abad de Samas". *El desafío*⁸², nos evoca "el arroz con leche Imperial que se le sirve en el hotel principal de León, con huevos y frutas tropicales que habían venido en un avión de guerra desde Canarias y todo cubierto con mermelada de albaricoque".

⁷⁹Es imposible olvidar que un viaje, que es recorrido por el espacio, sólo se puede hacer en un tiempo; cfr., F.ALLEVI, *Con i monaci di Ferentillo dall'Alto Nera il 'ultimo Chienti*, en "Le Strade nelle Marche: il problema nel tempo" (Actas del Congreso de Fano, del 11 al 14 de octubre de 1984; "Atti e memorie della Deputazione di storia patria per le Marche", 89-91; Ancona, 1987) 869-957.

⁸⁰CP, 43-5.

⁸¹CP, 27-30; "Félix Rocos, aquel día del viaje histórico, pensó que al fin le llegaba el reconocimiento como escultor; al entrar en la residencia oficial se le cuadraron los centinelas y él sacó pecho de artista, seguro que algún encargo para el oratorio del Pazo. Pero ya lo llevaban para la bodega, que requería sus ensalmos el gallego que por entonces mandaba en España".

⁸²PD, 161-5.

El hilo secreto

Pereira ha confesado que la transfiguración de su tierra del noroeste en paisaje y teatro literarios le fue inspirada por la lectura de la *Sonata de otoño*, al abrirle los secretos de la Galicia valleinclanesca. Ahora bien, hemos visto que lo exótico, lo lejano, son su otra geografía. Pero hemos de subrayar todavía la vinculación de la una y la otra⁸³.

Veamos *El pozo encerrado*⁸⁴, narrado en primera persona por el albacea designado en su última voluntad por Baltasar Gayoso, un empleado del *Brow Boveri* jubilado antes de tiempo. Una carta que le llega póstuma y que el albacea abre contiene los deliquios de Margaret Campbell, antigua alumna del internado de New-Salford para las huérfanas de los clérigos anglicanos, una corresponsal que vive justamente en los antípodas, tanto que se consuela trazando mentalmente la línea impecablemente recta que los separa y tanto acorta la distancia: "Es muy excitante esta certeza de una línea recta que rompe la corteza del globo, luego son mantos de níquel resplandeciente, quién sabe si hermosuras magnéticas alumbradas por colores distintos a los conocidos del arco iris, y en el centro de la tierra lagos tranquilos como nuestro Wakatipu y músicas ambientales". ¿Y no presentimos en el final que la historia puede tener una continuación, suplantando el contador partidor al muerto, cual la retribución de sus honorarios? "Lo mejor será que me vendan a mí la dichosa viña, ahora que me encuentro en ella tan acompañado y a gusto".

De un misterio inquietante son *Los brazos de la i griega*⁸⁵. Estamos en el Nepal, todavía en el de antes de la masificación turística. Pero ya sabemos no ser paradójico que, a tanta distancia, y al fin y al cabo no sólo en leguas, cada nueva visión le acerque al narrador-autor a la tierra nativa. Por ejemplo: "Y en cualquier calle de maderas y de panes de oro nos salían al encuentro las procesiones. A los fieles no les bastaban sus altares, los oficios tempranos con las ofrendas de magnolias o bibiscos y bastones de incienso. Había que mover y trasladar las imágenes y los estandartes que las preceden. Marchar de un templo a otro con la divinidad a hombros, cuando no en carros enormes, por en medio de las calles estrechas. Yo podría muy bien haberme ahorrado el asombro. Porque al fin y al cabo, en otro valle que yo sé, el año empieza con el Santo Tirso a hombros y sigue con las Candelas y los diez y seis desfiles de la Semana Santa, y el día que no sale la Divina Pastora es porque hay alfombras y ramos para la carroza del Corazón de Jesús...". Y en Dakshin Kali, lugar de peregrinación, un nativo con una cara de ojos de cobre "donde parecían dibujarse los rasgos de una edad inmóvil" se le queda mirando, y le dice, y le dice *Bhagemani hunuhoz*

⁸³Aquí hemos de citar también *Matar la mosca cuando empieza* (CLC, 193-216), entre París y Guarda: "París es grande. París es todo, agencias matrimoniales de perros tiernos y recogidas vísperas conventuales, incluso secretas y fábricas de pantalones usados, sociedades de amigos de los puertos de mar, escuelas de extirpadores de tatuajes. Dadme papel, un lápiz, ensayaré el plano parapsicológico de la ciudad más completa del mundo". ¿No pensamos en "el teatro" de Balzac?

⁸⁴CLC, 71-8.

⁸⁵CLC, 139-45.

*namaste, namaste*⁸⁶, y él le reconoce como un paisano de otrora, Adolfo el de Ambasmestas, un buen hombre que bajaba al mercado villafranquino en su tartana en la que a veces le dejaba montar y le daba una manzana para el camino y hasta una vez le llevó al santo milagro del Cebreiro, y que había sido curado por su madre en su casa de una caída a la puerta a causa de la cual acabó muriendo del tétanos. Habiendo podido entonces percibir nítidamente el narrador que "ya limpia de tierra, de barro, la herida era una Y mayúscula, con los brazos abriéndose como dos regueros dibujados hacia la sangría...". Eso en aquel antes. Mientras que entonces, aunque a lo largo de muchos años no se lo contó a nadie, "el nepalés de las montañas se subió un poco la manga de su chaqueta de lana, lo justo para enseñarme una cicatriz como es imposible que haya dos en el mundo".

Este hilo secreto en definitiva una manifestación literaria de ese regreso temático⁸⁷ que es la entraña de la caminería de Antonio Pereira. Recordemos ahora *La tienda de Paco Santín*⁸⁸, una de sus piezas maestras. El indiano que vuelve al pueblo, soñando con ese comercio donde se vendía de todo y estaba siempre abierto tanto a la clientela como a los tertulianos, inclinado a quedarse, pero que decide la vuelta a Buenos Aires nada más verle convertido en un supermercado. Al fin y al cabo, la gran ciudad lejana será mejor teatro para soñar en la vieja tienda...

Y consumado el periplo, a través de esta caminería de partida y regreso⁸⁹ que es la obra creadora de Antonio Pereira, nuestro escritor erótico y diocesano, creemos haber encontrado también el hilo secreto entre la materia y el autor.

No vendría a cuento ponderar la encrucijada de cita de las artes y las letras que una diócesis lleva consigo- simbolizada y encarnada ante todo en la catedral-, ni tampoco su índole acuñadora de la propia identidad de la tierra y sus hombres. Un botón de muestra: "Don Celestino San Silvestre tenía, a pesar de su gran estatura y seriedad, una voz aflautada y lírica, de palpitations tristes, hecha como para cantar al profeta Jeremías en el oficio de tinieblas. Don Teodosio Torío, campechano y rotundo, picaba con resonancias nasales las antífonas y desplegaba el salmo con voz poderosa, ya con el paso de los años algo quebrada. Don Victorino Francisco reduplicaba el *Gloria Patri* con un silencio estricto, pura dicción y poderío, capaz de llenar un templo. Don Teodosio Raposo deslizaba su voz entre afinaciones, pero lo suyo era el diapason, los puños almidonados de las misas pontificales y la batuta de palo santo rozando el atril y el flequillo de los tiples.

⁸⁶¡Suerte, suerte! Saludo al dios que hay dentro de ti".

⁸⁷Variantes: *La pirámide*, con el desenlace del empobrecimiento; y *El escultor*, con una biografía y un prestigio inventados (PD, 181-5 Y 23-7).

⁸⁸Pp.31-41 de *Una ventana a la carretera*.

⁸⁹Notemos que, en *Picassos en el desván*, *Una historia breve* es el camino de una viajera del ferrocarril hacia el más allá, hacia el país donde todos los días es domingo. Y no se nos olvide, en *Ciudades del Poniente*, *La visión*, durante el recorrido que, en una noche de invierno, hace doña María de Toledo entre Corullón y Villafranca.

Don Isaac Feliz eran las manos sobre el teclado amarillento y bruñido del órgano cubriendo de tremolaciones el resuello pulmonar del fuelle. Todos ellos coincidieron a la vez en la catedral de Astorga y ya no están⁹⁰." José-Luis Martín Descalzo atribuyó a Pereira la frase de Unamuno encomiadora de la felicidad de esas ciudades que tienen obispo y no tienen gobernador civil⁹¹.

Lo diocesano⁹². ¿Y no llevan a Roma, a la catedral⁹³, todos los caminos? Lo erótico. ¿Y no se acaba igualmente volviendo siempre al seno materno? De ahí la coherencia de la personalidad creadora y la inspiración del escritor villafranquino con su *leit-motiv* argumental del viaje de ida y vuelta. El 7 de marzo de 1938, los insurgentes fusilaron en Villafranca a su primo "Guto", Augusto Nieto Pereira, impresor y músico, hijo de su tío y padrino, Tomás Nieto, en cuya librería fue conociendo Antonio la literatura universal. A lo largo de treinta años, en ese aniversario, precisamente la fiesta de santo Tomás de Aquino, el eco de aquellos disparos le estremecía. Y sin embargo supo devolvérselos hechos ternura, ese otro componente que nunca falta, de una u otra manera, en sus fabulaciones. Fresca así su lectura como la voz antigua⁹⁴: "¡Ah, tú eres bello, tú resplandeces, tú circulas, tú sales, tú haces bogar tu barca, tú navegas! [...] Yo soy tu hijo, oh Re, en este día hermoso en que tu hija te abre los caminos en el occidente del cielo, ella te muestra los caminos de la Duat".

ANTONIO LINAGE CONDE

Universidad de San Pablo, CEU

⁹⁰J.-A. CARRO CELADA, *Una catedral llena de música*, en "El Faro Astorgano", 1-8-1997; cfr., E. RAMOS CRESPO, *Ángel-Julián Rubio tuvo una de las tres únicas imprentas musicales en España. Memoria en corcheas de medio siglo de Astorga*, *ibid.*, 19-6-1997.

⁹¹Endosada, que sepamos, también a José Pla y Agustín de Foxá.

⁹²*El apartamento* (CP, 21-3) muestra la sensibilidad del autor ante la aberrante jubilación de los obispos. En el concilio último que la impuso no faltó algún padre que dijera ser el obispo viejo y enfermo muy importante en la diócesis y en la Iglesia.

⁹³El último cuento de *Una ventana a la carretera*, *Pablito, apóstol*, se desarrolla un jueves santo en la colegiata de Villafranca; "Como Pablito sabía el Mandato mejor que nadie, se distrajo de las últimas órdenes del sacristán, por mirar con arrobamiento la sacristía. La sacristía de la colegiata es muy grande. Pueblos de más de mil almas la quisieran para iglesia. Tiene una larga mesa de nogal que reluce y varias cómodas con cajonería para guardar la ropa, planchada y almidonada, bienoliente. Pablito, al ver las albas y las sobrepellices, pensó con gozo en su camisa. [...] En los altos espejos de la sacristía se miran un último momento, de cuerpo entero, las dignidades de la insigne colegiata, y los espejos se llenan de rasos y bordaduras de oro. Va saliendo al altar la comitiva, despacio, con solemnidad armoniosa". También *El equipo* (PD, 130-4), con esta impresión desde el púlpito: "Es como estar en la copa de un nogal que llegara hasta el cielo. Te asomas con medio cuerpo fuera y ya no son palomas ni arpas de música, lo que ves abajo es lo oscuro de los abismos".

⁹⁴*Le livre des morts des anciens égyptiens* (ed. P. Barguet; París, 1963) 163 y 46.